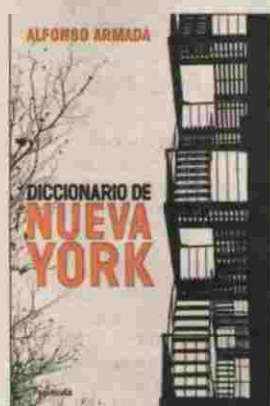




BIBLIOTECA NUEVA

Un paseo insólito por Nueva York

Alfonso Armada se presenta como guía del laberinto neoyorquino, explorador de personas y escenarios, buscador de tesoros y traductor de enigmas de esta urbe, la más vital, la más incomprendida, la más literaria del mundo. Y lo hace a través de un original diccionario en el que combina historia, prosa, poesía, **erudición y amor por la que fue su ciudad** durante siete años



Título: «Diccionario de Nueva York»
Autor: Alfonso Armada
Editorial: Península
Páginas: 408
Precio: 23,50 euros
Fecha de publicación: 18 de febrero

Cristina y su rabo. Luigi, el jefe de los porteros del número 407 de Park Avenue South (esquina con la calle 28), la tenía recogida en el sótano: era una gata romana, flacucha, con los costados hundidos y una mirada de perplejidad que no mendigaba compasión. En eso era fiel a los rasgos de su especie. Caba en el cuenco de una mano y apenas comía. Como si ganar peso fuera una contrariedad, en perfecta sintonía con el canon occidental de las modelos. Empezamos a subirla por las tardes: para que la niña se olvidara de la muerte y la ceniza y jugando con la felina, acariciándola, acaso recompusiera los costurones del mundo: como si la gata y la niña pudieran rebatir la evidencia de que el siglo recién nacido —lo que algunos insisten en llamar «el porvenir»— no podía haber empezado peor: un conjuro basado en el juego y la ternura gratuita, sin más condiciones que las que los gatos y los niños renuevan y revocan por su cuenta. Acabó quedándose a dormir y pasando en el sótano las horas en que la niña estaba en la escuela. Hasta que la costumbre se convirtió en mutua dependencia y decidimos adoptarla con todas sus consecuencias. «¿Qué haréis con la gata cuando regreséis a España?», nos preguntaban con todo el énfasis que las personas prácticas suelen emplear cuando se trata de asuntos que a simple vista no parecen tener vuelta de hoja. Les seguimos el juego y hacíamos como si nos escandalizáramos, aunque tampoco llegamos tan lejos: «Llevárnosla con nosotros. Es parte de la familia». ¿Acaso cabría pensar otra cosa? Lo único que conoce del mundo es la caverna del sótano y el luminoso piso 20 (además del trayecto en ascensor y las esporádicas y nada gratas visitas al veterinario de Chinatown, con su colección de sonidos indescifrables del taxi o del metro captados desde su bolsa de viaje). ¿Acaso cabe liquidar de un plumazo los afectos? ¿No sería otra forma de adorar a los verdugos de las torres? Aunque se trate de un animal que no interroga, sino que es en cada instante, no sabe de historia y no se pregunta por lo que ocurrirá al día siguiente. En realidad no sabemos nada de su vida interior, pero está claro que, como los perros, que mue-

ven las pupilas mientras duermen, también los gatos sueñan. Claro que proyectamos en ella nuestras sombras, pero su pelo y su cerebro le proporcionan un curioso blindaje. Su condición enigmática también es un asunto más nuestro que suyo: su falta de conciencia le permite pasar largas temporadas en un país encerrado entre dos ríos: la lasitud y la inopia. Y sin embargo son las sombras y los reflejos quienes más felizmente la sacan de su letargo: los persigue como un Segismundo: fragmentos de luz que merecen ser investigados. Tal vez tenga que ver con las largas temporadas que ha pasado en el «basement», junto a una hermana mayor que la maltrataba y los rumores de paquebote en alta mar de la maquinaria que regulaba las temperaturas y los flujos del edificio. Hay otro asunto que la trastorna de forma tan súbita como desafiada: su propio rabo. Cuando se olvida de su cuerpo, nada la perturba. Pero cuando en vez de Segismundo adopta las maneras de Narciso y empieza a contemplarse su largo apéndice, algo se desbarata en su cabeza. Sólo entonces se enzarza en un zafarrancho de combate, con la dolorosa consideración de que ella es su peor enemiga. Chilla como una loca mientras se clava los dientes en un rabo que parece haber cobrado vida propia: ondula como una cobra perversa, desafiante. Como si el músculo que mueve la cola tuviera autonomía, se alza y se desploma ante unos ojos atónitos, cada vez más desconcertados. El asombro se vuelve furia, algo se dispara en su instinto: se persigue en un torbellino de zarpazos y mordiscos mezclados con gañidos de dolor que nos inspiran una divertida y perpleja compasión. Los estallidos son inesperados, sin que acertemos a deducir un patrón de comportamiento, salvo, tal vez, cierto grado acentuado de conciencia: como si únicamente ante la certeza de su rabo en Cristina se despertara una rabia insólita que no tiene equivalencia con ninguna otra circunstancia



Alfonso Armada
Reportero y escritor, autor de «El sueño americano. Cuaderno de viaje a la elección de Obama»

de su holgada existencia. Acaso fuera la ciudad del yo y yo, donde el deseo adquiere proporciones de mitología y el egoísmo es una fuente de codicia y de placer, el rabo de Cristina estuviera intentando alumbrar una metáfora. Pero lo que consigno aquí no son mas que hipótesis morales, ninguna ciencia. Porque el asunto de los rabos de los gatos es universal.

eterno retorno. «En aquellos tiempos —debía ser el verano de 1859— en toda Nueva York se levantaban edificios, se derribaban otros, algunos con no más de diez años de antigüedad, pero en esa ciudad impaciente donde nada tiene nunca la oportunidad de descomponerse, diez años eran prácticamente una eternidad», escribe Patrick McGrath en «Julius», la segunda historia de «Ciudad fantasma». La impaciencia no ha cedido, la mutación es constante, y sin embargo todo lo orgánico, sobre todo en verano, se descompone a una velocidad vertiginosa y deja una aureola nauseabunda en la calle. Igual que la piel de quienes pretenden desafiar a la muerte del deseo y a la muerte.

éxito / fracaso. Lo que repiten sin cesar todos los anuncios de la ciudad de Nueva York, incluso los semáforos cuando no queda ningún coche en las avenidas, y eso es lo que quiere decir en realidad «walk / don't walk», todo el tiempo, todo el día, toda la noche, aunque así ya historia: ahora han sido sustituidos por siluetas: una mano roja, de alto; un hombre blanco, caminando, alfabeto internacional de signos. Después de haber despedazado con sus propias palabras a la alta sociedad neoyorquina en uno de los libros más divertidos y crueles jamás escritos, Truman Capote echa así el cierre a sus «Plegarias atendidas»: «Aunque el sacerdote y la asesina seguían en su mesa cuchicheando y dando sorbitos, las salas del restaurante se habían vaciado, y M. Soule se había retirado. Sólo quedaban las chicas del guardarropa y unos pocos camareros que sacudían las servilletas impacientemente. Los mozos volvían a poner las mesas y arre-

Empezamos a subirla por las tardes: para que la niña se olvidara de la muerte y la ceniza y jugando con la felina, acariciándola, acaso recompusiera los costurones del mundo



La Estatua de la Libertad desde el transbordador de Staten Island, en la bahía de Nueva York

COPINA ARRANZ

glaban las flores para los visitantes nocturnos. Se respiraba una atmósfera de agotamiento lujoso, como una rosa marchita que se deshojara, mientras afuera sólo aguardaba el fracasado atardecer de Nueva York».

fin del mundo. El miedo está aquí, presente, casi todo el tiempo. A equivocarte. A no dar la noticia a tiempo. A no acertar con el enfoque adecuado, con lo que se espera de ti. ¿Qué es lo que se espera? Que si llega el fin del mundo llames a tiempo, confirmes que conservas al menos una mano y una parte útil del cerebro para enviar la crónica a tiempo, antes de que el fin del mundo congele la tinta de la rotativa, vuele la rotativa, le rompa los tímpanos y le reviente los globos oculares a quien podría tener interés en leer en el periódico de mañana la noticia de ayer, y en la pantalla de hoy la noticia de ahora mismo, en vivo y en directo: cómo se desuella un rascacielos, cómo se arrojan al vacío nuestras sombras idénticas. Escenas de guerra en el sur de Manhattan. ¿Lo que nadie esperaba? No mi madre: «La guerra te sigue dondequiera que vayas». No yo mismo: tenía mala conciencia. Sentía que había traicionado a África intercambiándola por Nueva York. ¿Cabe hipérbole, desmesura, narcisismo mayor? (Pero operamos desde la estatura del yo,

ese es nuestro dios portátil, ridículo, el ingenio donde se amartillan nuestros deseos y se enquistan nuestras penurias. Así vuelvo a encontrarme con José Martínez Ruiz, que se hizo Azorín en «La voluntad»: «La sensación crea la conciencia. No hay más realidad que la imagen, ni más vida que la conciencia. No importa [con tal de que sea intensa] que la realidad interna no acople con la externa. El error y la verdad son indiferentes. La imagen lo es todo. Y así es más cuerdo el más loco».) ¿Cuántos errores de apreciación cometi? Acaso el más grave fue dejar encerrados, agonizando, a más de un convoy de metro atiborrado de pasajeros bajo las torres desmoronándose. Desde el Chelsea Hotel, donde viven el autor y el protagonista de «Netherland. El Club de Criquet de Nueva York», escribe Joseph O'Neill, tras el 11-S: «La blancura de las supuestas horas de oscuridad era notable. Justo al norte del hotel, una sucesión de calles transversales resplandecía como si cada una tuviera una aurora propia. Los faros de los coches, el pálido fulgor de los edificios de oficinas vacíos, los escaparates iluminados, la bruma anaranjada de los faroles de la calle; toda esta basura luminosa conformaba una atmósfera radiante que se instalaba como una capa plateada sobre el centro de la ciudad e inspiraba en mi mente la disparatada idea de que el caso final se cernía sobre Nueva

York». El resplandor perenne de la ciudad, multiplicado por los reflectores que bañaban de luz clínica, como antiaéreos enfocados al infierno, el cráter de la zona cero. Y el desdén neoyorquino por las cortinas, que nos hizo fabricar una de tupida tela azul para que la claridad no volviera incandescente nuestro cuarto. Pero la noche del 11 fue la más oscura de la historia íntima y metafórica de la ciudad.

orquídeas. «¿Orquídeas, orquídeas! ¡Nueva York las ama! [...] flor lasciva y sensual [...] en un mundo de acero y cemento», recita Gaspar Tato Cumming en «Nueva York. Un español entre rascacielos». Como ama el celofán con que las envuelve en suntuosas cajas. Y son hermosos los papeles en que hasta los más humildes «delis» las empaquetan. Cualidades de la tentación. Pocas ciudades tan fantásticas y derrochadoras en el culto a la flor: Bastaba madrugar para ver en mi calle una flota de camiones descargando el caviar de jardines y bosques para iluminar residencias, embajadas, hoteles, museos (el hermoso florista del Metropolitan,

Ostras, orquídeas y perlas, tres instancias del lujo neoyorquino, esencias de la estancia en la Tierra, placeres que dicen más de esta ciudad que muchos tratados y vadémecums

que componía fastuosos jarrones dignos de Cleopatra), teatros, salones, amoríos, rupturas, pedidas y desolaciones, bosques enteros, ramas con todas sus hojas de otoño, retales de hierba fresca, brazadas de abedules, cañas de un bambú tan alto como la pértiga de Bubka.

ostras. Los sótanos de Grand Central, especialmente el Oyster Bar, que para William Grimes «es una receta segura para la felicidad humana». Y algo a tener en cuenta: las ostras pasan de hembra a macho durante el curso de su vida, que es toda una exploración de los vericuetos del género y que cabe examinar en los ricos criaderos de Long Island, donde hace más de cien años comenzó la historia de amor entre los neoyorquinos y estos feos moluscos bivalvos, que en su concha rugosa acaso recrean el sedimento de nuestra espera. «Otro placer neoyorquino: las ostras, que son las orquídeas animales; palpitantes, sedosas, portadoras de la esencia de un mundo extraño y perverso, excitantes, sin perfume, pero de intenso sabor penetrante y perturbador [...]. Se regalan ostras en conchas de plata», escribe Gaspar Tato Cumming en su relato. Ostras, orquídeas y perlas, tres instancias del lujo neoyorquino, esencias de la estancia en la Tierra, placeres que dicen más de esta ciudad que muchos tratados y vadémecums. ■